

y algunos marineros se presentaron para recibirnos, bajando con una facilidad admirable por donde nosotras teníamos que subir, y tomándonos de las manos, poco á poco fuimos penetrando todos en la embarcación, y bajamos en seguida á ver nuestros camarotes.

Desde que entramos al vapor, sentimos alguna desazon en el estómago, y comprendimos al instante, que aquellos síntomas no eran otros que la desagradable enfermedad del mareo, tan comun y al mismo tiempo tan benéfica; sin embargo, á pesar del estado en que nos hallábamos, la curiosidad tan violentamente excitada en nosotras por conocer un buque, no pudo ménos que hacérsenos recorrer todo en compañía de nuestros tíos, que tambien quisieron verlo.

¡Oh! como nos llamó la atención esta casa flotante, que procuraremos examinar con cuidado; como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII.

Se dá una idea de los buques de vapor, en que por lo comun se hace la navegacion. Separacion de las personas que nos acompañaban á bordo, y sensaciones que experimentámos en esos momentos. El viento norte en el golfo, y retardo que sufrimos en nuestra partida. Marta continúa el relato de su historia. Renovacion de las sensaciones que experimentámos al volver á ver entre nosotras personas queridas y decirles el último adios, y las que se experimentan al alejarse de la patria.

No nos proponemos hacer una descripcion de las varias clases de buques en que se hace la navegacion, algunos de los cuales están preparados con todo género de comodidades, con bastantes garantías de seguridad; sino que nos limitaremos ahora á hablar del vapor, que debia trasladarnos á uno de los puntos de nuestro viaje, para que los que no han tenido ocasion de ver estas embarcaciones, las conozcan al menos por teoria.

Un buque de vapor es un pequeño edificio flotante, construido con fierro y con madera. Su forma exterior es la de un rectángulo con pe-

queñas ventanas en ambas partes, y un cómodo barandal que se encuentra sobre cubierta. Sus velas, que son anchos y largos lienzos de género grueso y maciso, estendidos por medio de cuerdas y de palos, se hallan algunas veces permanentemente desplegadas, é hinchadas por el viento segun la más ó ménos fuerza de éste, y otras replegadas en los mástiles,

De la máquina lo único que se puede ver en el exterior es un alto tubo cilindrico, que tendrá como tres varas de circunferencia, por donde se despidie el humo, que al salir forma un ruido sordo, dejando en el espacio una larga nube. Vense tambien dos grandes ruedas laterales, que siguen constantemente el movimiento del vapor rectilíneo circular, batiendo de este modo las aguas, que formando una blanca y espesa espuma, presentan un nido en el oceano, recreando extraordinariamente la vista esa hermosa estela sobre las aguas.

En el interior vense los departamentos de primera y segunda clase, la bodega, y las oficinas de sobre cubierta que son las siguientes:

En el centro están situados los cuartos más amplios y cómodos que tiene el vapor, y por lo común sirven de habitacion al capitán, empleados

principales, y las oficinas como la botica y secretaría; un salon para fumar, la dispensa y la cocina.

En la proa véense una especie de jaulas que contienen diferentes animales destinados al sustento, quesos, legumbres, y otros comestibles.

Los animales grandes, como vacas, caballos, etc., yacen atados á los palos.

Los granos, fruta, harina y otras cosas conservadas, se encuentran perfectamente colocadas en la dispensa.

En la popa está el timon y algunos acientos para los pasajeros, y en todo lo largo del buque los palos que están sosteniendo las velas para las maniobras, los botes y salvavidas, y las cuerdas graciosamente arregladas.

Se advierte en las oficinas orden y regularidad, todo se se encuentra arreglado con mucho esmero y propiedad.

Se baja al interior por una escalera regularmente espiral.

En el centro, para los de primera clase, se hallan salones de señoras para la conversacion. A rededor están los camarotes cuyas puertas comunican con unos pequeños corredores; están numerados desde el 1 hasta el 50 ó más, segun la extencion del buque.

Son los camarotes unos pequeños cuartitos que

tendrán sobre tres baras en cuadro. En uno de los muros se encuentran embutidas las camas que son bien angostas, en las cuales no cabe una más que acostada; sentarse no es posible, el alto no lo permite.

En frente de estos cajones hay un pequeño sofá y cerca de él un tocador; todo esto fijo, y sin poder moverse de un lugar á otro, únicos muebles que adornan un camarote.

Sobre el sofá se halla una claraboya con su vidrio, que tendrá como media vara de circunferencia que dá al mar, por donde se recibe el aire y la luz.

De este piso se baja por otra pequeña escalera con su cómodo barandal al piso inferior, ó sea de la segunda clase, que está en el mismo orden que el primero, con la diferencia que en vez de ser todo tan confortable, tiene sus incomodidades, y en lugar de salones de recreo, se suelen encontrar allí los comedores con sus largas mesas fijas en el suelo lo mismo que los acientos, y sobre ellas, en graciosos aparadores que nacen del techo, se encuentran colocada con mucha gracia toda la vajilla de cristal, copas, vasos, botellas, etc., de un modo muy sólido.

La mejor de estas mesas y la más bien asisti-

da está destinada á las personas de primera clase, en ella tiene su asiento el capitán.

La otra pertenece á la segunda clase, y la preside regularmente el segundo capitán, ó uno de los empleados de más categoría.

En este mismo piso se encuentran los baños que son muy aseados.

En muchos buques la primera clase está en la popa, y la segunda en la proa, pues no todos tienen este segundo piso,

El tercer piso lo constituye la bodega, y se baja á él por una pésima escalera, propia solo de marineros acostumbrados á bajar por ella.

Allí se encuentran los equipajes de los viajeros, las mercancías, y lo demás que forma el cargamento del buque, que es preciso no sea poco, para que éste no corra peligro.

La bodega ocupa, como es natural, el centro del vapor, y en los lados se hallan los camarotes, donde duermela gente del servicio y los marineros. ¡Pobresgentes! si no fuera porque solo para dormir van allí, no se comprende como podrian tener vida en un lugar tan húmedo y oscuro, pues queda sumergido en el seno de las aguas.

Cuando hubimos penetrado por todas partes recorriendo por completo el vapor, volvimos á subir sobre cubierta, porque nuestros tios debían

partir en la última lancha que á tierra se dirigía, pro que ya la noche se hallaba muy entrada.

Con verdadero sentimiento los acompañamos; porque se aproximaba para nosotros el momento terrible de la separacion.

Eran las dos únicas personas que nos quedaban allí, en ellas veíamos representada á la familia total.

Fué preciso decirles adios, y nos arrojamos en sus brazos, permaneciendo largo rato estrechamente ligados sin articular nuestros lábios una sola palabra; pero hablaban demasiado los sollozos y las lágrimas. ¡Al fin fué preciso separarnos!

Los arrancaron de nuestro lado, y permanecimos solas!

En aquel momento se renovó para nosotras la despedida angustiosa, que pocos dias ántes tuvimos en México, y un agudo dolor destrozaba en ese instante nuestros corazones; de nuestros ojos se desprendian á raudales las lágrimas, é iban á sepultarse entre las aguas del Oceano!

Reclinadas sobre cubierta, permanecimos absortas en la contemplacion del dolor que nos agobiaba; al fin levantamos la cabeza que abatida se inclinaba sobre el pecho; nuestros ojos se fijaron en el bote que nos arrancaba los dos últimos sé-

res de la familia; y entónces agitamos nuestros pañuelos por el aire, pronto los de ellos respondieron á los nuestros, y aquella muda pero elocuente despedida aumentó nuestro dolor!

¡Era aquel el postrer adios!

Pocos momentos despues, el bote y sus pasajeros habian desaparecido de nuestra vista. . . . entónces se exaló de nuestro pecho un profundo suspiro, é inclinando de nuevo la cabeza prorumpimos en amargo llanto!

Así trascurrieron casi dos horas, Marta, que se hallaba á nuestro lado, en vano nos prodigaba inútiles consuelos. ¡Hay momentos en que nada alivia el dolor!

¡Las heridas que causa la ausencia, solo el tiempo tiene poder para calmarlas!

Al fin enjugamos nuestro llanto. Un viento frio nos obligó á bajar; oímos decir que picaba Norte, y nuestro sentimiento fué inmenso, porque eso nos impediria partir al dia siguiente, y tendríamos que permanecer un dia más anclados, cosa que realmente nos molestaba.

Dieron las diez de la noche, nos separamos de Marta, y no sin repugnancia entramos á nuestros camarotes.

El mal olor que en ellos habia, lo incómodo del lecho, el continuo movimiento, y el estado

en que se hallaba nuestro espíritu, nos hizo no pasar una buena noche; pero al fin el sueño cerró nuestros párpados cansados ya, y este dulce bálsamo tan benéfico para el que sufre, vino á proporcionarnos instantes de reposo, y á dar tregua á nuestro agudo dolor.

Al día siguiente nos levantamos á las siete, nos desayunamos de mala gana, y subimos un rato sobre cubierta.

Un espectáculo imponente se presentó ante nosotras; el Norte era deshecho; las encrespadas olas fuertemente agitadas por el viento, venían á estrellarse contra el buque.

La neblina nos envolvía por completo; el viento que silvaba, y el ruido que producía la corriente al estrellarse contra la playa, herían nuestros oídos como un eco de muerte.

El movimiento del buque era insoportable, y el cielo cubierto de densas y espesas nubes, nos hacían presentir que no partíamos aquel día, y que tendríamos que soportar á bordo aquel viento, que parecía conjurarse contra nosotros.

El aspecto de aquel día aumentó nuestro abatimiento.

Las horas trascurrieron, y el Norte lejos de cesar, por momentos aumentaba.

El práctico y otros señores que se habían que-

dado en tierra, no pudieron trasladarse á bordo, y tuvimos que resignarnos á pasar el día anclados en el golfo, y sufriendo todo el malestar á que se halla uno sugeto en el mar en un día de borrasca.

Serían las diez de la mañana cuando nos reunimos con Marta, que como buena amiga había ido á buscarnos; nos trasladamos al salón de las señoras, y sentándonos á su lado, le suplicamos nos continuase la relación de su interesante historia; ella como siempre, accedió á nuestro deseo, y continuó de esta manera su relato.

Comprendo que vdes. tendrán deseos de saber, cuales eran las causas que obligaban á mis buenos padres á romper mi matrimonio con Arturo, y á exigir de mí que lo olvidase; es muy natural esta curiosidad, y me anticipo á satisfacerla.

Arturo no era mexicano, una provincia de España lo había visto nacer: al verificarse los arreglos de mi matrimonio, mi buen padre había escrito á varias personas, pidiendo informes del hombre á quien debía yo unir mi existencia; estos llegaron el día en que acontecieron los sucesos que voy narrando, y ¡cuál sería la sorpresa de mis padres al ver, que Arturo, que no había tenido la precaución de cambiar de nombre, era un criminal, y un perverso de esos que la socie-

dad rechaza de su seno, y que por sus muchos crímenes habia sido puesto fuera de la ley, y condenado á cadena perpetua en un presidio; de donde se habia fugado dos años hacia!

¡Era pues un presidario de Ceuta á quien yo amaba con todo el corazon! ¡á quien ellos iban á hacer dueño de mi destino!

Indignado mi padre con esta idea, se trasladó á casa de Arturo, donde tuvo lugar una escena terrible: mi buen padre le enseñó las cartas, rompió con él todos sus compromisos, y tratándole como á un miserable, salió de su habitacion, prohibiéndole volviese á poner un pié en nuestra casa.

En vano Arturo le negó todo, y trató de justificarse á los ojos de mi padre; éste nada quiso oír, y salió haciéndole terribles amenazas si se dirigia á mí ocultamente; en seguida se trasladó á mi pieza en compañía de mi buena madre.

Lo que allí pasó lo saben vdes. ya, y ahora que he aclarado los hechos, voy á continuar el relato de mi historia.

Cuando volví en mí, me hallaba en mi lecho rodeada de facultativos; á mi lado estaba mi tierna madre, que con la expresion de la angustia fijaba en mí sus ojos cubiertos de lágrimas; mi primera palabra fué para ella.

¡Madre mia! ¿no es un sueño lo que por mí ha pasado?

Decidme, ¿es cierto que debo renunciar á Arturo para siempre, y será tambien cierto que vosotros, que decís que tanto me amais, sois los que os oponéis á mi enlace, destruyendo de un solo golpe toda mi felicidad y dándome la muerte?

Habia tal amargura en mis palabras, que mi pobre madre solo pudo responderme con sollozos y con lágrimas.

Sin compasion yo, al ver su llanto y su dolor continué.

¡Ay! ¡querida madre! perdonad las expresiones de sentida queja que os dirijo, pero no puedo evitarlo... me es imposible vivir sin Arturo, y vosotros que sabéis todo lo que le amo, ¿sois los que os oponéis á que se complete mi felicidad, siendo su esposa?

Decidme, ¡por piedad! ¿qué mal os ha hecho, para que no querrais que yo sea suya, y que él sea vuestro hijo?

Al pronunciar estas palabras, noté que mi pobre madre se estremecía ligeramente, entónces yo con nuevas fuerzas la interrogué.

Que, ¿os ha hecho algun mal madre mia? ¡Oh! ¡desde ahora os ruego que lo escuseis! Segura estoy de que no ha sido su intento ofenderos en

nada: ¡perdonadlo madre querida! continué postándome á sus piés, y abrazando con fuego sus rodillas, ¡perdonadlo si es que me teneis algun cariño!

Sus culpas cargan todas sobre mi, y quiero ver si sois capaces de rechasarme al verme cubierta con ellas!

Noté que mis palabras causaban á mi madre una sensacion de disgusto, y luego desplegando sus labios, por fin me dijo estas palabras, levantándome cariñosamente.

Hija mia, sin duda tu no mides toda la fuerza de tus expresiones, cuando eres capaz de pronunciarlas con tanta sangre fria. ¡Oh! si tu las hubieses meditado ¡no habrian salido de tus labios!.... ¡Tú cándida y pura!.....¡joya de un valor poco comun! querer mancharte con el ropaje de Arturo!....

¿Qué es lo que has dicho Marta? ¡Hija mia que tus labios no vuelvan á pronunciar jamás semejantes expresiones!

El valor mas precioso de una muger es su virtud, los nobles sentimientos de su alma, y si no queremos entregarlos hoy en manos de Arturo, tendremos razones que nos sobran para ello; nunca creas Marta, que por un mezquino interes personal fuésemos capaces de sacrificarle, tu fe-

licidad, hija de mi corazon, es lo único que nos ocupa ¡y si tu matrimonio con Arturo pudiera constituirla, aunque causara al mismo tiempo nuestra desgracia, no lo dudes ni un solo segundo nos sacrificaríamos por tí!

Las palabras de mi madre tocaron las fibras mas delicadas de mi corazon, y me sumerjieron en la mas profunda meditacion.

Yo no podia dudar de las palabras de mi buena madre, ¡me amaba demasiado, para que mi ingratitud me llevara hasta ese punto! pero al créerla, clavaba yo misma con mi propia mano una daga envenenada en mi corazon.

Segun ella, debia yo por siempre renunciar á Arturo, y verlo como indigno de mi; tenia que conciderarlo como un hombre infame, criminal, y esto no me era posible, ¡lo amaba mucho! ¡habia mucha ternura en mi alma, para poder aborrecerlo! por tanto, el combate que se habia empeñado en mi interior era terrible y espantoso.

Cuando ví entrar en mi pieza á mi padre, que fué á sentarse cerca de mi cama al lado de mi madre, temblé.

—¿Cómo te sientes hija mia? me preguntó con un tono lleno de cariño.

—Estoy mejor padre mio, le respondí tímidamente.